



ANTONIO ÁLVAREZ
DE LA ROSA

Homenaje a Luis Ferial

La Cuna de las palabras

Luis Ferial era la mano que mecía la cuna de las palabras. Además de acunarlas, les quitaba las legañas de su hibernación en los diccionarios, las lavaba, hasta las empolvaba y, por fin, las mandaba a trabajarnos. Tras todo ese acicalamiento doméstico, hecho con el amor y la pasión que solo los auténticos escritores sienten por la materia prima de su trabajo, las palabras aparecían relucientes y con una voz retumbadora, eco sobre el eco de nuestra memoria de lectores, percusión sobre el xilofón del imaginario. Detrás, presente pero invisible, como debe ser, estaba siempre el poeta.

Alguien que, por lo no visto, ha dejado de escribir poesía, me dijo un día que los versos de Luis Ferial eran rebuscados, porque empleaba términos raros, inusuales. Es decir, no había entendido nada ni de éste ni de ningún otro tuétano poético. Desde su primer libro, es fácil comprobar la coherencia de Ferial cuando indaga en el material que utiliza. Ya en *Conciencia* (1962) y en un poema titulada, precisamente, "Las palabras":

*Las palabras son siempre más anchas que los labios,
mayores que la ausencia y que la infamia.
Tal vez debamos siempre escribir en los aires,
que el sol en los caminos las incendie un momento
y las vuelva a la nada,
al silencio
y al polvo,
las integre a la noche
y a su germen,
intocables y puras como una antorcha viva.*



Muchos años después y en *Más que el mar* (1986), volvemos a encontrar la celebración festiva de su encuentro con las palabras, la escritura y la vida, indisolublemente unidas en este poeta: “*Cómo nos gustaban las que se quedaban resonando! Arándano, ánfora, oropéndola, anaconda, arrayán, sándalo, tarántula, górgola... Las decíamos recalcando mucho el acento y parecía que se quedaban suspendidas en el aire, que podíamos tocarlas*”. Cántico de un poeta silencioso que con su atento silencio permite que el lector escriba su poesía, se haga poeta con los poetas.

Además de para dulces, tartas y demás golosineos, aparte de estrujar la amistad hasta que te crujían los huesos, Luis Feria entregó su vida a la poesía. Dicho así parece retórica de urgencia, casi no decir nada. Sin embargo, en los años en que tuve la suerte —en un primer momento, creí que un latazo— de pasar sus poemas a máquina —para el poeta solo existía el bolígrafo y unos grandes cuadernos de cuadraditos—, pude sentir, verso a verso, su obsesivo cuidado por la palabra. Deshojaba la margarita del verso, lo robustecía enflaqueciéndolo, no paraba hasta que, él el primero, se embarcaba sobre el ritmo de su poema (Al respecto, espero que pronto los manuscritos de su obra estén depositados, por ejemplo, en la Biblioteca de la Universidad de La Laguna para que los estudiosos puedan, desde una perspectiva genética, analizar el paso a paso, la destilación de sus versos, conocer el alambique de su creación. Por supuesto, también para llevar a cabo la imprescindible edición crítica de su Obra completa).

La presencia de la infancia — paraíso donde no existe el tiempo — y, en concatenación lógica, la angustia por el paso del tiempo son dos de los aspectos que sobresalen en el conjunto de su obra. En *Dinde* (1983), en ese adiós a la fiesta de la niñez y en una de las últimas evocaciones de este libro, titulada “El amor”, acabó “*el tiempo sin historia, las horas con leyenda. Nos vimos impelidos hacia una oscuridad, hacia una luz profunda que nos salvaba encendiendo con fuerza sus cuatro letras hondas*”. Por otra parte, desde *Conciencia* y en ese “Tiempo de amor”:

*Este tiempo de amor nunca termine.
No lo empañe el olvido con su óxido;
debe quedar intacto hasta la muerte
lo que nació inmortal como el sonido.*

*Este tiempo de luz alguien lo salve;
lo arranque alguien de ese precipicio
al que se aboca ya desde que alienta.
Que alguien corte la amarra y vaya suelto
del tiempo, a la deriva, hasta la playa donde
no lo fulmine el rayo a pesar suyo,
no lo desgaste el tiempo como a un día*

Es posible que la probada fe de Luis Feria en su poesía sea el contrapunto justo de su descreencia, que la atadura al mundo esté sujeta a su capacidad de irlo descifrando para apropiárselo. Desde la ternura y con el aceite lenificante de la ironía, la mirada que nos ofrece en estos entierros de la niñez y en su intento por pararle las patas al dios Cronos es la de quien aún no se ha desprendido de esas escamas que protegen la piel adulta, aunque sea consciente, y así cierra *Más que el*

mar, del término de una etapa y del arranque de otra en ese concluyente poema “El Dolor”:

Tuvo que ser; la inocencia perdió, la sangre pudo. El pecho, que era tierra, se cuarteó de vida; al fondo, entre rescoldos, un niño agonizaba (...) Olfateamos el dolor; ateridos, nos urgió la verdad; la ceniza aguardaba en cada bocacalle. Tuvimos frío: sólo hubimos vinagre; múltiples y sedientos eran los nombres de la soledad.

No muere quien muere, sino quien es olvidado. En este caso y para aliviar el luto, basta con leerle. Hemos perdido a la persona, pero tranquiliza saber que la obra de Luis Feria seguirá estando entre nosotros para recordarnos, cada vez que nos la llevemos a la boca lectora, que su poesía es un manjar inigualable, pero siempre nutritivo para entender(nos) más. Si él no podía vivir sin tartas sabrosas, nosotros tampoco.

